

Peina, pescador, peina

Texto: Leyenda europea. Versión de Iris Rivera. | Ilustraciones: Carlos Bonardi



DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS
Iris Rivera

ILUSTRACIONES
Carlos Bonardi

COLECCIÓN 2017 - CUENTO N°9

Cuenta la leyenda que un viejo pescador caminaba cierto día por la playa de Cury.

Como la marea estaba baja y la playa era anchísima, a medio camino entre la arena y el mar, se había formado un pozo lleno de agua. Agua que había dejado la marea alta. Era una laguna salada rodeada de arena, alejada del mar. Y profunda.

En medio de la charca salada, los viejos ojos del pescador vieron a una muchacha sentada sobre una roca, peinándose.

¿Qué es esto?, se preguntó el anciano de Cury y empezó a acercarse. La muchacha enganchó rápidamente el peine en su pelo larguísimo y se hundió en la charca.

¡Se ahoga!, pensó el anciano y corrió a rescatarla arrastrando sus viejos pies.

Al llegar, entró en el agua de cabeza, buceó como en sus buenos tiempos y, como en sus tiempos buenos, la encontró. La sacó a la superficie, la sentó otra vez sobre la roca y entonces vio.



Ella tenía cuerpo, brazos, pelo y cara de jovencita, pero sus piernas no eran piernas. Eran cola de pez.

Era una sirena con un peine prendido en sus cabellos larguísimos. Una sirena separada de su hogar marino por una ancha franja de arena. Una sirena que empezó a llorar a mares.

¡Quiero volver, quiero volver!, gemía con su peine en el pelo. En el mar tengo esposo y lo dejé durmiendo. Lo dejé solo y es celoso. Lo dejé y es feroz...



El anciano cargó a la sirena en brazos y, con mucho esfuerzo, atravesó la ancha franja de arena que ella, sin piernas, no podía cruzar.

Cuando llegaron al mar, la sirena secó sus lágrimas saladísimas y, todavía en brazos del anciano de Cury, sonrió.

—Pídeme lo que quieras, pescador. Lo que quieras tendrás.

—No quiero dinero, pero me gustaría romper hechizos, descubrir ladrones, curar...

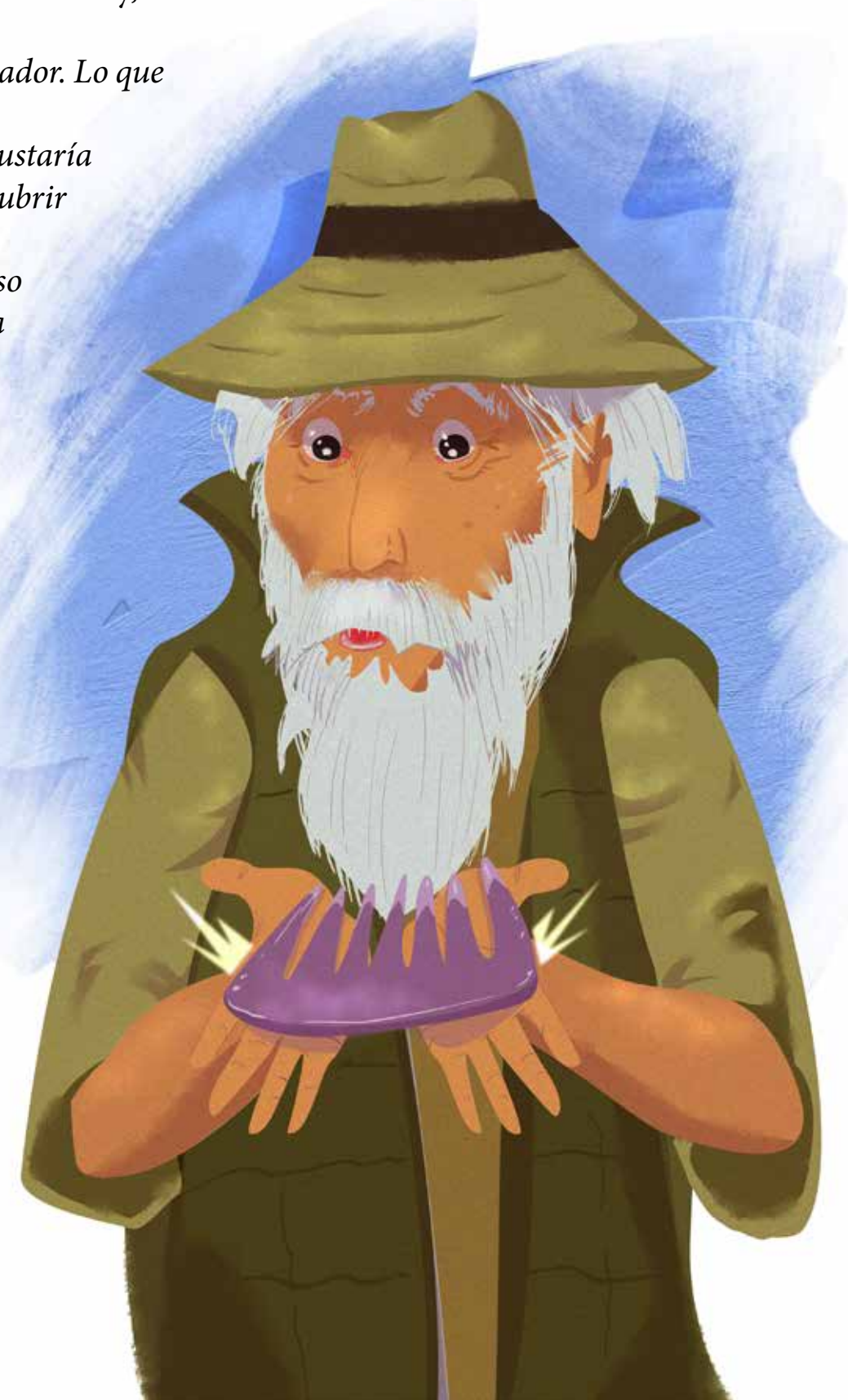
—Si eso lo que quieres, eso tendrás. Cuando la marea esté alta y brille la luna, vuelve a la roca donde me encontraste. Entonces te enseñaré.

La sirena desprendió el peine de su largo pelo y lo puso en las manos del viejo:

—Cuando me necesites... peina. Peina, pescador, peina. Peina con mi peine el mar.

Y así diciendo, se deslizó en las olas y se hundió.

El viejo quedó ahí, mirando el agua. Vio a la sirena aparecer más lejos, vio que le soplaban un beso... y no vio nada más.



Desde ese día, cada vez que brilló la luna y la marea estuvo alta, volvió el viejo a la playa de Cury. Sentado en la roca indicada, se ponía a peinar el lomo de las olas, cresta por cresta. El viejo peinaba, con peine de sirena, el encrespado lomo del mar.

Al rato llegaba ella, se sentaba a su lado y le enseñaba a deshacer hechizos, a descubrir ladrones y a curar.

A veces, él la cargaba de nuevo en brazos y la llevaba a conocer a los extraños habitantes de la tierra. Otras veces, ella lo invitaba a visitar su casa bajo el agua. Pero el viejo nunca aceptó. Él sólo quería aprender lo que había pedido.

Y cuenta la leyenda que el anciano de Cury, antes de morir, pasó esos conocimientos a su hijo. El hijo, al nieto. El nieto, al bisnieto. El bisnieto al tataranieto. Y la familia guardó, por muchas generaciones, los valiosos saberes de la sirena... y el peine, también.

